
HISTORIA Y TEORÍA DE LA HISTORIA DE LAS MUJERES

María Gabriela Vasquez

Universidad Nacional de Cuyo

Introducción

La historia de las mujeres constituye dentro de la disciplina histórica “un campo con nombre propio”, al decir de Dora Barrancos (2005), y goza de cierto prestigio académico; sin embargo, esto no siempre ha sido así.

La historiografía tradicional se ocupaba de registrar solo acontecimientos políticos, militares y diplomáticos, reinados y gobiernos; se trataba pues de un registro de actividades casi exclusivamente masculinas en el cual las mujeres permanecían invisibilizadas, salvo contadas excepciones.

La renovación de las ciencias sociales a lo largo del siglo XX, y de la historiografía en particular, hizo posible la ampliación del campo de estudio de la disciplina a otras áreas tales como la economía, la sociedad y la cultura y, además, facilitó la incorporación de otros actores antes silenciados, entre los que se encontraban los campesinos, obreros, esclavos y también las mujeres. Al mismo tiempo, el feminismo, se interesó igualmente por la historia de las

mujeres militantes y aportó herramientas teóricas para el estudio historiográfico.

Estas páginas tienen por objeto, en primer lugar, repasar el surgimiento de la historia de las mujeres como campo de investigación y, en segundo término, reflexionar sobre los postulados teóricos de la misma, que permiten hoy estudiar a las mujeres del pasado en sus particularidades y, también, en relación con los varones, para tener una visión más amplia de las realidades pretéritas.

Historia de la historia de las mujeres

La historia de las mujeres nace de los aportes de la historia propiamente dicha y del feminismo; es decir, cuenta con dos esferas de referencia diferentes. (Sánchez León, 2003: 170-171).

La renovación historiográfica

A fines de la década de 1920, Virginia Woolf con sólo leer los títulos de los capítulos de un libro daba cuenta de qué manera las mujeres habían quedado al margen de la historiografía:

Y volví a remitirme al profesor Trevelyan para ver qué significaba para él la historia. Leyendo los encabezamientos de los capítulos averigüé que significaba: `La corte feudal y los métodos de cultivo en campo abierto... Los cistercienses y la cría de ovejas... Las cruzadas... La universidad... La Cámara de los comunes... La Guerra de los Cien

Años... La Guerra de las Dos Rosas... Los humanistas del Renacimiento... La disolución de los monasterios... La contienda agraria y religiosa... Los orígenes del poderío marítimo inglés... La armada...’, etcétera. De tanto en tanto se menciona a alguna mujer, una Isabel o una María; una reina o una gran dama. Pero la mujer de clase media, sin otra cosa que inteligencia y carácter a su alcance, de ninguna manera podía haber participado en ninguno de los grandes movimientos que, juntos, conforman la visión del pasado que tiene el historiador. (Woolf, 1993: 63).

Mujeres y varones han protagonizado los diferentes procesos del pasado; sin embargo, ellas no fueron registradas en los relatos tradicionales salvo casos particulares, como bien observa Woolf. Dicha historiografía positivista, propia de la segunda mitad del siglo XIX, se consideraba objetiva, neutral, libre de pasiones, prejuicios e ideologías y, por lo tanto, verdadera ciencia. En otros términos, la profesionalización de la escritura histórica en las universidades occidentales, entre fines del siglo XIX y principios del XX, centró su interés en los enfoques políticos y militares y en el estudio del crecimiento de los estados-nación para lo cual la documentación depositada en archivos y bibliotecas públicas resultaba indispensable. En dicho contexto, las mujeres, como tema de investigación histórica, fueron marginadas. (Offen, 2009: s.p.).

A comienzos de la década de 1930, esa mirada estrecha, circunscripta a lo político, militar y diplomático, empieza a ser cuestionada. La escuela francesa de los Anales, iniciada por Marc Bloch y Lucien Febvre, comienza a interesarse por los aspectos sociales y económicos del pasado y, más tarde, por los ámbitos de la cultura y de las mentalidades; al mismo tiempo, se inician contactos con otras disciplinas como la geografía, la sociología y la economía, entre otras.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y como consecuencia de las repercusiones de la misma en todos los órdenes, continúan los cambios historiográficos. Así, en los años 60 la disciplina adquiere un desarrollo importante gracias a la renovación teórica del marxismo. Investigadores ingleses, entre los que se encuentran Eric Hobsbawm, Raphael Samuel y Edward Thompson, proponen un marxismo más abierto que abre nuevas perspectivas de análisis. Proliferan, de esta manera, foros de discusión y revistas de alto nivel teórico y metodológico (*New Left Review*, *Past and Present* y *History Workshop*, entre otras) que se hacen eco de estas transformaciones. (Vasquez, 2011).

Con el tiempo, esta historia social centrada en el análisis de las clases y estructuras sociales, también comienza a ser cuestionada por presentar un proceso histórico unitario y universal y por no incluir en su reflexión a individuos concretos. En efecto, se considera dicha historia imperialista y etnocéntrica por partir de la idea errónea de que la historia es una para todas las culturas y tiene una sola dirección. Se afirma, en cambio, la existencia de una multiplicidad de historias y un número igualmente amplio y variado de actores que entran en juego. Así, el interés se vuelve hacia las minorías y mayorías largamente marginadas y silenciadas por la historia tradicional (negros, judíos, campesinos, obreros y también las mujeres).

Es importante tener en cuenta, además, que por aquellos años, muchas jóvenes acceden a los estudios universitarios, tanto en los Estados Unidos como en algunos países europeos, y muchas también participan del movimiento de liberación femenina, del marxismo de nuevo cuño y de las nuevas tendencias historiográficas, con lo cual, el ambiente resulta propicio para el surgimiento de la historia de las mujeres. (Vasquez, 2011).

En la década de 1980 se produce una nueva crisis de los paradigmas y de los objetivos de la historia; sin embargo, como señala Georg Iggers, no se trata de una crisis exclusiva de la disciplina sino de una mucho más amplia que afecta a toda la cultura moderna occidental. El pensamiento posmoderno cuestiona las certezas y los universales sobre los cuales se había asentado la modernidad y esto repercute obviamente en el campo historiográfico.

Ahora ya no hay ningún paradigma de la investigación histórica, como ciertamente existió en las universidades del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, sino una multiplicidad de estrategias de investigación. Los historiadores no han renunciado a la pretensión de tratar la historia científicamente, si bien ahora con frecuencia ya no son tan inflexibles al trazar el límite entre ciencia y literatura. (Iggers, 1998: 109).

Esta profunda crisis cultural lleva a las y los historiadores a replantearse nuevamente los postulados de su disciplina. Joan Scott se pregunta:

¿Qué deberían hacer los historiadores que después de todo han visto despreciada su disciplina por algunos teóricos recientes como reliquia del pensamiento humano? No creo que debamos renunciar a los archivos o abandonar el estudio del pasado, pero tenemos que cambiar algunas de las formas con que nos hemos acercado al trabajo, ciertas preguntas que nos hemos planteado. Necesitamos examinar atentamente nuestros métodos de análisis, clarificar nuestras hipótesis de trabajo y explicar cómo creemos que tienen lugar los cambios. En lugar de buscar orígenes sencillos, debemos concebir procesos tan interrelacionados que no puedan deshacerse sus nudos. (Scott, 1999: 43).

Como sugiere Scott, el desafío está en examinar con cuidado y reformular nuevamente las preguntas, hipótesis y explicaciones manejadas hasta el momento, para ampliarlas e integrarlas a otros procesos.

Latinoamérica no ha estado ajena a esta renovación historiográfica y la Argentina, tampoco; sin embargo, los tiempos, los ritmos de trabajo, de reflexión y de análisis han sido otros, al igual que los recorridos han sido diferentes y los resultados, también. En el caso concreto de la Argentina, dicha renovación se inicia en la década de 1960 en las universidades pero se ve interrumpida, como señala Cecilia Lagunas:

...quebraron [los golpes militares] este proceso `progresista´ reinstalando en los centros académicos oficiales, la historia político-institucional; la otra pasó a formar parte de la resistencia intelectual en los profesores e investigadores que fueron `alejados´ de la Universidad... (Lagunas, 1997: 59. Subrayado en el original).

Y más adelante agrega que “el retorno a la vida democrática, posibilitó la recuperación de viejos saberes y la apertura a nuevas propuestas científicas...”. (Lagunas, 1997: 59. Subrayado en el original). Es decir, a fines de los 80 y principios de los 90 se retoma en nuestro país la renovación historiográfica interrumpida y se logra una apertura a nuevas propuestas entre las que se encuentra la historia de las mujeres. Sin embargo, no en todas las universidades se lleva a cabo una verdadera renovación de las tendencias historiográficas o, por lo menos, los procesos de cambio no han seguido el mismo ritmo en todas ellas. (Vasquez, 2011).

El feminismo¹²

Durante la segunda ola del feminismo en la década de 1960, muchas mujeres acceden a los estudios universitarios y, provistas de recursos intelectuales que hasta ese momento habían carecido (marxismo, psicoanálisis, etc.), comienzan a criticar y cuestionar la mirada androcéntrica del saber. En este grupo se destacan Betty Friedan, Kate Millet y Juliet Mitchel, entre otras.

María Ángeles Durán señala al respecto:

La incorporación masiva de mujeres a la investigación trae consigo la reconsideración de la tradicional asociación de ideas entre *masculinidad, objetividad, ciencia* y *poder* por una parte, y *feminidad, subjetividad, sentimentalidad, naturaleza* y *amor*, por otra. La ciencia actual se fundamenta en la creencia de que la *buena ciencia*, como opuesta a la *mala ciencia*, es *objetiva, impersonal, ajena al sujeto que lo produce*. Descuida, consecuentemente, la reflexión sistemática sobre los contextos en que el desarrollo de la ciencia tiene lugar, y la hace excesivamente inaccesible a la crítica sobre estas circunstancias. (Durán, 1996: 5. En cursiva en el original).

Como bien apunta la autora, la asociación de lo masculino con lo neutral y objetivo, tan arraigada en el pensamiento occidental a través de los siglos, es ahora

¹² Entendemos al feminismo como movimiento y teoría. En esta oportunidad, no nos ocuparemos de sus antecedentes, sino brevemente de la formación de la teoría que acompaña al movimiento de liberación de las mujeres en los Estados Unidos y Europa durante la década de 1960 y que se conoce como segunda ola. Para ampliar la lectura de sus antecedentes, se sugiere la lectura de la obra de Ana de Miguel, apuntada en la bibliografía.

reconsiderada, criticada y analizada por algunas de las mujeres recientemente incorporadas al ámbito académico. Más adelante agrega:

La exclusión de las mujeres de las Universidades y otros centros de investigación no ha sido sólo, ni siquiera principalmente, una expulsión física; sobre todo ha consistido en una derrota en la pugna entre diferentes cosmogonías o visiones del mundo, en las que el modo de representación masculino ha servido de canon y ha impuesto la localización de las diferencias de género en el orden natural, complementadas con una teoría política y psicológica de la complementariedad entre los sexos de enormes consecuencias sociales. La ciencia, que no ha sido ni es neutral en sus valores, ha conseguido una voz privilegiada como árbitro de la confrontación, de la negociación del contrato social implícito entre varones y mujeres. (Durán, 1996:17).

En efecto, ni la ciencia, ni la filosofía, ni tampoco la historia son ámbitos asépticos e imparciales como durante tanto tiempo se ha pretendido afirmar. A partir del cuestionamiento de tales postulados, han proliferado cursos, talleres, seminarios, foros e institutos que reúnen a mujeres, y a algunos varones, interesadas en revisar y discutir la tradición masculina impregnada en todos los ámbitos del saber. En este contexto, surgen también revistas especializadas entre las que se encuentran *Signs*, *Feminist Studies* y *Women's Studies Quarterly* que publican trabajos de filósofas, historiadoras, psicólogas, antropólogas, etc. que, desde sus disciplinas respectivas, critican el canon y empiezan a hacer interesantes aportes y reformulaciones. (Vasquez, 2011).

La biofísica matemática Evelyn Fox Keller considera que el feminismo busca

... ampliar nuestra comprensión de la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia mediante la inclusión no sólo de mujeres y sus experiencias concretas sino también de aquellos dominios de la experiencia humana que han sido relegados a las mujeres: a saber, el personal, el emocional y el sexual. (Fox Keller, 1991: 17).

Como señala Fox Keller, es necesario no sólo incorporar a las mujeres en la reflexión teórica sino también incluir los temas y espacios que hasta el momento han sido marginados por el saber científico por considerarlos propios de ámbito privado o exclusivamente femeninos.

Esta segunda ola del feminismo, también llamada neofeminismo, da paso al feminismo radical, que rechaza el sistema patriarcal; en esta línea se encuentra Shulamith Firestone y Germaine Greer, entre otras. Además, dos tendencias empiezan a cobrar forma, apunta Rosa María Rodríguez Magda (2002): el feminismo de la diferencia (Luce Irigaray, Luisa Muraro, Victoria Sendón de León y un largo etcétera) y el de la igualdad (Nancy Fraser, Celia Amorós y Amelia Valcárcel, entre muchas más).

Entre los años 80 y 90, se desarrolla la tercera ola del feminismo que cuestiona los planteamientos consolidados en los 70 por considerarlos monolíticos, elitistas y poco abiertos a la pluralidad cultural y sexual.

Será este nuevo protagonismo de las mujeres negras, chicanas, lesbianas, de los transexuales, el que dará dinamismo al movimiento. Por otro lado, a las corrientes teóricas radicales, marxistas, socialistas, etc. se unen ahora las aportaciones del postestructuralismo. (Rodríguez Magda, 2002: s.p.).

Ahora bien, podemos hablar hoy, a principios del siglo XXI, de la existencia de una cuarta ola del feminismo que se encuentra en pleno desarrollo y reformulación de postulados. La autora mencionada considera que este posfeminismo actual cuenta con varias vertientes entre las que se encuentran, por un lado, el feminismo *queer* (Judith Butler); el ciberfeminismo (Donna Haraway) y el feminismo transexual (Sandy Stone).

Plantearse hoy cuáles son los caminos del feminismo implica enfrentarse a un panorama múltiple donde siguen vivas la mayor parte de las tendencias abiertas en el siglo pasado, pues no se trata de una evolución, sino de perspectivas que ahondan en diferentes direcciones una misma problemática. Resta por seguir estudiando las aportaciones de tantas teóricas cuyas producciones no han logrado un reconocimiento parejo al del saber académico, reformular la historia de las disciplinas y la historia en general incorporando la presencia de la mujer. Quizás algunas proclamas del feminismo radical de los sesenta hayan envejecido, por fortuna, pues ello implica también la consecución de logros. Sin embargo, siguen pendientes los retos de un feminismo de la igualdad hoy centrados en la equiparación de derechos, espacios de poder y legitimidad intelectual. No parecen tampoco prescindibles los intentos del feminismo de la diferencia por profundizar en un imaginario, un lenguaje y una genealogía propios. Los debates en torno a la mujer como sujeto del saber y agente social, como objeto de violencia y discriminación, la utilización erótica del cuerpo femenino, la identidad sexual, el posicionamiento del feminismo frente a los conceptos de género y raza, las tecnologías reproductivas, la imagen de la mujer en las diversas esferas de la cultura... siguen siendo problemáticas abiertas donde las diversas tendencias aportan perspectivas enriquecedoras.

El postfeminismo no debe entenderse como la muerte y superación del feminismo, sino como la vigencia de éste a través de las críticas postmodernas, enfrentado a innovadoras circunstancias cual puedan ser las tecnologías de la información, la ingeniería genética, las nuevas formas de comportamiento sexual, la fragmentación del cuerpo en el arte actual... (Rodríguez Magda, 2002: s.p.).

Como consecuencia del surgimiento y consolidación de la teoría feminista, entre los años 70 y 80 comenzaron a desarrollarse también estudios sobre los varones.

Los estudios sobre identidades masculinas han surgido en el mundo anglosajón en la década de 1970, años después de la proliferación de la academia feminista. Con éstos, comenzó paulatinamente el ejercicio de visualizar el modo en que la construcción social de las relaciones de género atravesaba no sólo las prácticas y subjetividades de las mujeres, sino también las de los hombres. (Faur, 2004: 41).

Mientras que en un primer momento se afirmaba la existencia de una única masculinidad universal y atemporal, cuyo modelo era el varón blanco, de clase media, heterosexual y cristiano; posteriormente surgieron las críticas por parte de grupos y sectores de varones que no se sentían identificados con dicha masculinidad hegemónica. (Menjívar Ochoa, 2004).

Kenneth Clatterbaugh distinguió líneas de análisis sobre masculinidades en los Estados Unidos durante la década de 1990. Entre ellas, se destacan: la perspectiva conservadora, la perspectiva profeminista y las perspectivas de grupos específicos. Mientras que la primera sustenta y defiende, por medio de argumentos biológicos o culturales, la diferencia de roles asignados a mujeres y varones; la segunda sostiene que la masculinidad se crea y otorga

privilegios a los varones, lo que conlleva a la opresión de las mujeres. En cuanto a las últimas, se ocupan de grupos masculinos específicos: homosexuales, negros, etc.. (Faur, 2004: 41-45). “Cada una de estas perspectivas se sustenta en distintos diagnósticos y propuestas de cambio. Es decir, que todas ellas pretenden no sólo entender la masculinidad y las relaciones sociales entre hombres y mujeres sino también contribuir a la transformación –o a la conservación– de las mismas”. (Faur, 2004: 45).

Así como se habla de feminismos, también se empieza a hablar hoy de masculinidades en plural para hacer hincapié en la diversidad y en la heterogeneidad de los varones; y aunque pueda existir una masculinidad predominante en cada sociedad y cada época, existen otras, que no deben ser silenciadas ni opacadas, ya que son igualmente válidas. En este sentido, coincidimos con Raewyn Connell (2007) en su apreciación acerca de que no hay una única versión de la masculinidad y que la construcción de la misma difiere de una cultura a otra y de un momento histórico a otro.

Teoría de la historia de las mujeres

Como hemos visto, la historia de las mujeres surge como campo de investigación a partir de la renovación de la disciplina histórica y de los aportes de la teoría feminista. Arlette Farge señala que “las militantes de los movimientos feministas hacen la historia de las mujeres antes que las historiadoras mismas”. (Farge, 1991: 80). En efecto, esta primera historia de las mujeres es una historia feminista que se acerca más al movimiento y a la política que al saber académico. Ahora bien, con el tiempo, un grupo de historiadoras se aleja de la militancia, en lo que Pablo Sánchez León llama proceso de “desidentificación” del

compromiso feminista (Sánchez León, 2003), y se acerca a la historia académica institucionalizada en las universidades. Aunque reconocemos las deudas indiscutibles de la historia de las mujeres con el feminismo, coincidimos con Brian Harrison y James MacMillan en que “la historia de las mujeres no debe quedar en manos de las feministas de la misma manera que la historia del movimiento obrero no puede ser coto exclusivo de los historiadores socialistas”. (Harrison y MacMillan en Sánchez León, 2003: 185)

Esta incorporación de la historia de las mujeres al saber académico ha sido variable en los diferentes países y regiones y esto ha tenido que ver con las particularidades de cada país y de cada región. Así, por ejemplo, en los años 70 se establecen las primeras carreras de posgrado en historia de las mujeres en universidades de los Estados Unidos. Desde entonces, este campo de estudio no ha dejado de crecer, fortalecerse y legitimarse en espacios académicos y centros de investigación de todo el mundo aunque, reiteramos, a ritmos muy dispares.

En cuanto a las categorías de análisis, la historia de las mujeres toma la de mujer, patriarcado y género aunque, como sabemos, se trata de conceptos que han ido cambiando su significado con el correr del tiempo. Así, por ejemplo, en los años 70, se entendía la mujer como una categoría homogénea y estática, diferente de la de varón, igualmente homogénea y fija. De ese modo, se estableció claramente la oposición binaria. También por entonces comenzó a utilizarse el concepto patriarcado como herramienta analítica para explicar la subordinación femenina. La historiadora Gerda Lerner lo ha definido como un sistema no natural sino histórico que tiene un inicio en el pasado y, por lo tanto, también puede tener un fin. (Lerner, 1990: 23).

En la década del 80, Sheila Rowbotham reconoce las limitaciones de dicho concepto debido a que entraña una estructura estática, no expresa movimiento y, al mismo tiempo, “hace pensar en una sumisión fatalista que no deja espacio para las complejidades de la oposición femenina”. (Rowbotham, 1984: 250). Sin embargo, no todas las historiadoras comparten ese pensamiento y rescatan la categoría patriarcado y su utilidad para el análisis histórico. (Alexander y Taylor, 1984). También por aquellos años comienza a visualizarse la heterogeneidad de las mujeres; en otros términos, se termina con el significado unitario de la categoría mujer y se empieza a considerar también la etnia, la religión, la preferencia sexual, la clase social, etc. para analizar el pasado femenino. Al mismo tiempo, el género comienza a utilizarse como herramienta conceptual. Como afirma Joan Scott, se trata de una categoría útil para la historia, más neutral y académica que la de mujeres, mucho más politizada. (Scott, 1999: 24). Para esta historiadora, la definición de género tiene dos partes: “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder”. (Scott, 1999: 44).

En los años 90, dicha categoría se sigue trabajando y se constituye en el marco conceptual de referencia para analizar las sociedades del pasado:

La categoría género, o sexo/género, se ha constituido (...) en un marco conceptual de referencia para indagar esta problemática, la historia de los sexos y del género en la trama social de la historia. El género o el sistema sexo/género es primariamente una relación de poder y por lo tanto jerárquica; indica la supremacía del varón y la subordinación femenina, y es también el modelo de relación –desigual y jerárquica– que los hombres

impusieron a todo el cuerpo social. (Lagunas, 1993: 187).

En este contexto, las y los investigadores de las mujeres están lejos de formar un bloque monolítico y homogéneo, debido a que presentan miradas y matices diversos. Así, por ejemplo, se encuentra un enfoque individualista, de tradición británica y estadounidense, y otro, relacional, de tradición mayormente europea. El primero, se centra en el individuo, en cambio, el segundo, en la pareja varón-mujer. Se trata de enfoques operativos que

...también reflejan las profundas diferencias de opinión que durante tanto tiempo han existido en el discurso occidental sobre las cuestiones estructurales básicas de la organización social y, en particular, sobre la relación de los individuos y de los grupos familiares con la sociedad y el estado. (Offen, 1991: 118).

Un ejemplo del primero lo encontramos en la obra de las autoras Bonnie Anderson y Judith Zinsser (1992) titulada *Historia de las Mujeres: una historia propia* en la que se centra toda la atención en las mujeres y su situación de inferioridad. El segundo, en cambio, lo encontramos en la *Historia de las Mujeres de Occidente* dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot (1993) en la que prima la relación entre los sexos. El primer enfoque reconoce deudas con el pensamiento feminista angloamericano y el segundo, con la escuela de los Anales. (Lagunas, 1993: 189-190)

En cuanto a las fuentes y metodología de este nuevo campo de investigación, durante la década del 80, historiadoras de las mujeres entre las que se encuentran la estadounidense Joan Scott y la francesa Michelle Perrot señalan que se ha avanzado más en la visibilización

femenina que en la teoría y metodología. (Sánchez León, 2003: 163). Esta afirmación da impulso a una proliferación de reflexiones en torno de los supuestos teóricos de la historia de las mujeres. Respecto de los metodológicos en particular, algunas autoras han considerado que sí existe una metodología propia de la disciplina y otras, que la historia de las mujeres toma prestados de la historia social y de las demás ciencias sociales sus métodos y técnicas.

Dentro del primer grupo se ubica Linda Gordon, quien plantea la existencia de una metodología propia de la disciplina y apunta:

En la historia escrita pueden encontrarse métodos feministas o de mujeres para: a) definir lo que sirve como testimonio, b) recolectar pruebas, c) generalizar a partir de lo específico y d) extraer conclusiones. Sólo en la primera categoría encuentro una contribución singular (...) en la historia de las mujeres. (Gordon, 1992: 120-121).

Es decir, aunque Gordon sostiene la existencia de una metodología propia, reconoce aportes limitados hasta el momento.

En el segundo grupo están, entre otras, Joan Scott y Gisela Bock. La primera, señala que “la historia de las mujeres se ha propuesto hacer visibles a las mujeres en los marcos históricos existentes, ha aportado nueva información pero no una metodología propia”. (Scott, 1992: 46). Y agrega que lo que caracteriza a la historia de las mujeres como campo de estudio es justamente la pluralidad de métodos y la diversidad de marcos teóricos (marxismo, psicoanálisis, pensamiento posmoderno) para abordarla. (Scott, 1992: 50). Por su lado, la segunda sostiene que

...la historia de las mujeres ha hecho uso de todos los métodos y enfoques de que disponen los historiadores, con inclusión de la biografía, la historia cultural, antropología, economía y política, la historia de las mentalidades y de las ideas, la historia de la tradición oral y los métodos preferidos de la historia social, tales como el estudio de la movilidad, de la demografía histórica y de la historia de la familia. (Bock, 1991: 57)

En efecto, actualmente las y los investigadores de las mujeres cuentan con diversas modalidades para abordar su objeto de estudio, al igual que los demás estudiosos del pasado. En otros términos, hasta el momento no podemos hablar de una única metodología propia y exclusiva de la historia de las mujeres sino debemos hablar, en cambio, de metodologías plurales utilizadas para analizar tanto a las mujeres del pasado como así también sus relaciones con los varones.

En cuanto a las fuentes, como hemos referido, las mujeres raras veces han aparecido mencionadas en los registros oficiales o estatales, únicos documentos válidos para la investigación histórica, según la historiografía tradicional. Ahora bien, la renovación historiográfica ha permitido ampliar el campo de estudio y, al mismo tiempo, diversificar tanto las metodologías como las fuentes.

Las historiadoras que trabajan sobre temas de los dos últimos siglos cuentan con abundantes fuentes. Pero aquellas que estudian períodos anteriores en sociedades alfabetizadas, la insuficiencia o la falta de fuentes adecuadas sigue siendo un problema. Estas historiadoras se han apropiado de las herramientas de la etnología para buscar el "silencio" de las mujeres. Al estudiar la historia de las mujeres en las sociedades no alfabetizadas y, en particular, las sociedades no occidentales, donde gran parte

de la documentación escrita se encuentra en archivos coloniales, los/as historiadores/as de la mujer son pioneras en crear aproximaciones a través de las investigaciones de los mitos, de la arqueología, inscripciones, el arte, las historias orales y demás, etc. (Offen, 2009: s.p.).

Por otro lado, cabe señalar que la historia de las mujeres como campo de investigación tiene sus particularidades, entre las que se destacan su sentido crítico y a la complejidad de su objeto de estudio.

En cuanto a su sentido crítico, cuestiona la mirada parcial hacia el pasado que ha ocultado a la mitad de la humanidad. Joan Scott sostiene que dicha fuerza crítica desestabiliza los principios disciplinarios instituidos. (Scott, 1993: 71). Y más adelante, agrega:

La historia de las mujeres, que implica realmente una modificación de la historia (...) critica la prioridad relativa concedida a la historia masculina (...) frente a la historia femenina (...), exponiendo la jerarquía implícita en muchos relatos históricos. Y, lo que es aún más fundamental, pone en duda tanto la suficiencia de cualquier pretensión de la historia de contar la totalidad de lo sucedido, como la integridad y obiedad del sujeto de la historia: el Hombre universal. (Scott, 1993. 72).

En efecto, la historia de las mujeres cuestiona aquellas interpretaciones del pasado que mantienen invisibilizadas a las mujeres y critica, al mismo tiempo, el sujeto de la historia aceptado durante tanto tiempo: el hombre universal, blanco y heterosexual. Por ello, al decir de la propia Joan Scott, “la historia de las mujeres comporta (...) una ambigüedad perturbadora pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma”. (Scott, 1993: 69).

Dora Barrancos, por su lado, sostiene que la historia de las mujeres encierra el “apasionante desafío de alterar radicalmente la Historia...”. (Barrancos, 2004-05:66). De esta manera, este nuevo campo historiográfico critica la historia tradicional considerada neutral y objetiva y propone, al mismo tiempo, la inclusión de las mujeres en la reflexión sobre el pasado. Cecilia Lagunas agrega:

El empuje que adquiere la Historia de las mujeres apunta a la reinterpretación de la historia a través de un renovador planteamiento conceptual metodológico que permite incluir la experiencia, las sensibilidades, las actitudes, de los hombres y las mujeres y las representaciones sociales y simbólicas de las identidades masculinas y femeninas en una historia nueva, total. (Lagunas, 1997: 54).

Una historia renovada debe incluir entonces, como sugiere Lagunas, las experiencias, sensibilidades y actitudes tanto de las mujeres como las de los varones del pasado.

Respecto de la complejidad de su objeto de estudio, es necesario insistir en la diversidad de las mujeres. Como apunta Gerda Lerner, “es un craso error intentar conceptualizarlas esencialmente como las víctimas”. (Lerner, 1990: 21). Al mismo tiempo, también es una equivocación considerarlas siempre como heroínas o igualmente romantizarlas, es decir, asociarlas exclusivamente a los sentimientos y la familia. De allí que Gisela Bock señale que las mujeres tienen historias diferentes; en otras palabras, la historia de las mujeres sólo puede ser comprendida en plural y no en singular. Además, dicha historia no es lineal sino que presenta avances y retrocesos, se trata de un proceso complejo, similar a la historia de los varones, igualmente rica y variada.

... la historia de las mujeres coincide con la de los hombres en tanto en cuanto que es igual de rica y complicada, y no es lineal, lógica ni cohesiva. (...) es diferente de la de los hombres, y es precisamente esta diferencia lo que la hace merecedora de estudio.... (Bock, 1991: 56 y 57).

Así, como vemos, en la actualidad la historia de las mujeres sólo puede ser analizada en plural, de igual manera que la de los varones, que también debe ser revisada a la luz de la diversidad y de la existencia de múltiples masculinidades.

Por último, cabe preguntarnos: ¿historia de las mujeres o historia del género? Existe una larga polémica respecto del significado y uso de cada uno de los conceptos que aún no ha concluido¹³; por nuestra parte, coincidimos con Dora Barrancos al decir que

...más allá del nombre con que amparamos nuestro quehacer -Historia Generizada, Historia de las Mujeres, Historia Feminista- lo esencial es la clave de interrogación, las tramas categoriales, los enredos conceptuales que, aunque recatados y modestos, constituyen los auténticos retos al desciframiento de la diferencia que rinde la acción humana sexualizada. (Barrancos, 2004-05:66).

¹³ Una síntesis apretada de dicha polémica se puede encontrar en la investigación de Karen Offen (2009).

Historia de las mujeres en la Argentina¹⁴

Unas pocas palabras acerca de los recorridos de la historia de las mujeres en nuestro país, antes de terminar.

Marilyn Boxer y Jean Quataert han descrito el proceso seguido por la historia de las mujeres en Estados Unidos y Europa: el mismo, se inicia con la crítica a la historiografía tradicional, continúa con la incorporación del género como categoría de análisis y culmina con la integración de la historia de las mujeres a la historiografía general. (Boxer y Quataert en Rodríguez Villamil, 1997: 30). Este mismo proceso se ha seguido también en Latinoamérica y en nuestro país, aunque cabe aclarar que la última etapa, esto es, la incorporación de la historia de las mujeres a la historia general, está aún en pleno proceso de desarrollo.

Como señala Dora Barrancos, una serie de acontecimientos nacionales e internacionales durante el último cuarto del siglo XX, hizo posible la renovación historiográfica en nuestro país y el desarrollo de la historia de las mujeres. La historia social había logrado importantes avances en el campo de la disciplina al incorporar la mirada de la escuela de los Anales y la de los marxistas ingleses; sin embargo, luego fue “acorralada” por la dictadura (1976-1983) y, por ello, la proliferación de estudios renovadores se vio paralizada o al menos demorada en nuestro país. “Sólo a partir de 1985, con la recuperación de la vida democrática, retornaron con fuerza los motivos y los principios epistémicos que la historiografía social había consagrado”. (Barrancos, 2004-05: 51-52).

¹⁴ Sugerimos la lectura del artículo de Karen Offen (2009) y el de Dora Barrancos (2004-05) para ampliar el tema del desarrollo de la historia de las mujeres en el mundo y en nuestro país, respectivamente.

A pesar de la difícil situación vivida durante la última dictadura, un grupo de profesionales entre las que se encontraban Gloria Bonder, Mabel Burin y Eva Giberti, algunas de ellas con fuertes compromisos políticos, se nuclearon en el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y empezaron a reflexionar sobre las mujeres en nuestro país. Por otro lado, un grupo de sociólogas también comenzó a trabajar la temática femenina. (Lagunas, 1997:59). Ahora bien, las y los historiadores, tardan en incorporarse a estas nuevas tendencias; recién en la década de 1990 se multiplican los centros, áreas e institutos de investigación académicos sobre los estudios de las mujeres; a la vez que se promueven jornadas, congresos y encuentros que vinculan a profesionales de distintos lugares que comparten los mismos intereses. Proliferan, además, materias de grado y carreras de posgrado sobre la temática femenina y de género como así también se multiplican publicaciones especializadas: *Mora* (Universidad de Buenos Aires); *Zona Franca* (Universidad Nacional de Rosario) y *La Aljaba* (Universidad Nacional de Luján, Universidad Nacional de la Pampa y Universidad Nacional del Comahue), entre otras. Sin embargo, falta todavía camino por recorrer ya que, como señala Cecilia Lagunas, “en Argentina, la inclusión en las universidades de la Historia de las Mujeres reconocida como tal en los programas de las Carreras de Historia, aún necesita del reconocimiento de los historiadores, en general”. (Lagunas, 1997: 55).

Dora Barrancos sintetiza de manera clara y precisa los aspectos centrales de la historiografía sobre las mujeres en la Argentina de nuestros días:

*Se constata un claro predominio epocal de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX.

*Se registra una nítida hegemonía de espacios geográficos: Buenos Aires en primerísimo lugar, luego siguen las grandes ciudades.

*Los análisis han priorizado la acción del movimiento de mujeres/movimiento feminista. Se destacan los análisis en torno de figuras precursoras o muy destacadas, así como su inscripción política e ideológica.

*Se corrobora una inclinación hacia las trabajadoras de ciertas ramas industriales y de servicios (textiles, frigoríficos, telefonía, industria pesquera, magisterio). También hay un amplio abordaje de la prostitución.

*Los análisis de mediados del siglo XX han relevado sobre todo la figura central del peronismo -Eva Perón- y a las mujeres identificadas con esta expresión política.

*Las principales dimensiones para otear la condición femenina se han ceñido a salud e higienismo, política, familia, educación y trabajo. (Barrancos, 2004-05:64).

A lo que agrega, además, que aunque el uso del concepto género ha demorado en instalarse en las investigaciones locales, en la actualidad constituye una categoría ampliamente analizada en la mayoría de los estudios académicos sobre la temática.

Al mismo tiempo, también considera que la historia de las mujeres es todavía una historia incipiente que se asemeja a una “colcha de retazos”, por lo que se necesita articular relatos para “...establecer ilaciones, agudizar los contrastes, combinar y al mismo tiempo contrariar los significados. Es imperioso acudir a nuevos puntos de vista y

revisar hipótesis que parecen inmarcesibles...”. (Barrancos, 2004-05: 65).

Por todo ello, consideramos que una historia argentina que incluya en su estudio tanto a mujeres como a varones en su diversidad y riqueza está aún en proceso de concretización.

Consideraciones finales

Como dijimos al comienzo, estas páginas han tenido como objeto repasar el surgimiento de la historia de las mujeres como campo de investigación y, al mismo tiempo, reflexionar sobre los postulados teóricos de la misma que hacen posible estudiar a las mujeres del pasado en sus particularidades y, también, en relación con los varones, para poder ampliar nuestro conocimiento de las realidades pretéritas.

La historia de las mujeres no nació por generación espontánea sino que su surgimiento estuvo signado por la confluencia de la renovación historiográfica del siglo XX, por un lado, y los aportes de la teoría feminista, por otro.

Este nuevo campo historiográfico ha tenido un crecimiento desigual y desperejo en los diferentes espacios. Así, mientras que Estados Unidos y Europa han sido pioneros en su desarrollo y en el uso de categorías, fuentes y metodologías diversas, en Latinoamérica, en cambio, los estudios han sido más tardíos. No debemos olvidar tampoco que la historia de las mujeres ha adquirido características particulares y propias de acuerdo con cada uno de los contextos nacionales y regionales específicos en los cuales se ha desarrollado. De allí que podamos entender el retraso en nuestro medio como consecuencia

de nuestra agitada y convulsionada vida política, económica y social de la segunda mitad del siglo XX.

A pesar de estas demoras, la historia de las mujeres se afianza entre nosotros, lo cual resulta auspicioso; sin embargo, aun debemos tratar de superar las historias aisladas y separadas de mujeres o varones y tenemos que apostar, más bien, a un estudio relacional de las mujeres y varones del pasado en el que se muestren, como bien señala Cecilia Lagunas, experiencias y sensibilidades tanto femeninas como masculinas, también.

Por último, y para terminar, hacemos nuestras las palabras de Dora Barrancos quien sostiene: "...estamos convencidas de que la historiografía que nos convoca sólo puede reconocerse dentro de las tareas de la Historia, esto es, de un quehacer relacional y al que nada de lo humano le es ajeno, comenzando por el principio: los vínculos entre los sexos". (Barrancos, 2004-05:67).

Bibliografía

- Alexander, Sally y Taylor, Bárbara (1984). "En defensa del `Patriarcado`". Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica: 257-261.
- Anderson, Bonnie y Judith Zinsser (1992). *Historia de las mujeres. Una historia propia* 1 y 2, Barcelona, Crítica.
- Barrancos, Dora (2004-05). "Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina". *La Aljaba* 9: 49-72.
- Bock, Gisela (1991). "La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", *Historia Social* 9: 55-77.
- Connell, Raewyn (2007). "Politizar las masculinidades: Más allá de lo personal." Simposio Internacional en torno a las lecciones aprendidas sobre VIH, sexualidad y salud reproductiva con otras áreas para repensar el sida, el género y el desarrollo. Dakar, 15 al 18 de octubre de 2007.
- Duby, Georges y Michelle Perrot (1993). *Historia de las Mujeres en Occidente* 9, Buenos Aires, Taurus.

Durán, María Ángeles (ed.) (1996). *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*, Madrid, CIS.

Farge, Arlette (1991). "La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía". *Historia Social* 9: 79-101.

Faur, Eleonor (2004). *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*, Bogotá, Arango.

Fox Keller, Evelyn (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*, Valencia, Alfons el Magnanim.

Gordon, Linda (1992). "Qué hay de nuevo en la historia de las mujeres". Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e historia: la historiografía de la mujer*, México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana: 110-122.

Iggers, Georg (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books.

Lagunas, Cecilia (1997). "Las mujeres miran a las mujeres: Aportes para un estudio de los antecedentes de la Historia de las Mujeres en Argentina". *Zona Franca* 6: 54-63.

___ (1993). "A propósito de la Nueva Historia de las Mujeres". *Ciclos* 4: 185-193.

Lerner, Gerda (1990). *La creación del patriarcado*, Barcelona, Crítica.

Menjívar Ochoa, Mauricio (2004). "¿Son posibles otras masculinidades? Supuestos teóricos e implicaciones políticas de las propuestas sobre masculinidad". *Reflexiones* 83: 97-106.

Miguel, Ana de (s.a.). *Los feminismos a través de la historia*. Disponible online: <http://www.mujeresenred.net/historia-feminismo3.html> (consultado el 20 de agosto de 2007).

Offen, Karen (2009). "Historia de las Mujeres". *La Aljaba* 13. Disponible online:

http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-57042009000100001&lng=es&nrm=iso (consultado el 08 de julio de 2010).

___ (1991). "Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo". *Historia Social* 9: 103-135.

Rodríguez Magda, Rosa María (2002). "Presentación". *Debats* 76, Del post al ciberfeminismo, Disponible online: <https://web.archive.org/web/20070404082000/http://www.alfonsemagnanim.com/DEBATS/76/editorial.htm> (consultado el 07 de octubre de 2014).

Rodríguez Villamil, Silvia (1997). "Historia y Género en América Latina". *Zona Franca* 6: 27-53.

Rowbotham, Sheila (1984). "Lo malo del `Patriarcado`". Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica: 248-256.

Sánchez León, Pablo (2003). "Todas fuimos Eva. La identidad de la historiadora de las mujeres". Silvia Tubert (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra: 161-213.

Scott, Joan Wallach (1999). "El género: Una categoría útil para el análisis histórico". Marysa Navarro y Catherine Stimpson (comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

____ (1993). "Historia de las mujeres". Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza: 59-88.

____ (1992). "El problema de la invisibilidad". Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e historia: la historiografía de la mujer*, México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana: 38-65.

____ (1990). "El género: una categoría útil para el análisis histórico". James Amelang y Mary Nash (ed.), *Historia y Género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnanim: 23-56.

Vasquez, María Gabriela (2013). "Epistemología e Historia de las mujeres. Mujeres y vitivinicultura en el gran Mendoza, entre fines del siglo XIX y mediados del XX", Mendoza, inédito.

Vasquez, María Gabriela (2011). "Algunas reflexiones acerca del Género desde la Historia". José Carlos Cervantes Ríos (coord.), *El género a debate. Reflexiones teóricas y metodológicas multidisciplinarias*. México, Universidad de Guadalajara: 9-29.

Woolf, Virginia (1993). *Un cuarto propio*, Buenos Aires, AZ Editora.